

Narrativa, metalenguaje y verdad en la historiografía: un examen analítico sobre la metanarrativa histórica

Narrative, Metalanguage, and Truth in Historiography: An Analytical Examination of Historical Metanarrative

Víctor Elkin Miranda Barreiro**

Resumen

El presente trabajo se encarga de explicar diferentes funciones, retos y problemas de la metanarrativa en la historiografía y su relación con el concepto de verdad. Por lo tanto, se indaga en la naturaleza del metalenguaje, sobre cómo el historiador lo utiliza formulando una metanarrativa para trazar una correspondencia entre los hechos y el contenido de su narrativa (proposiciones de afirmación) sobre ellos. Además, se abordan diferentes retos como el trauma y la dificultad de representarlo en la narrativa y cómo se debe respetar el principio de lo real y el imperativo ético al momento de investigar.

Palabras clave: Metalenguaje, narrativa, metanarrativa, verdad.

Abstract

This paper aims to explain the various functions, challenges, and problems of metanarrative in historiography and its relationship with the concept of truth. It explores the nature of the metalanguage and how historians use it to formulate a metanarrative, establishing a correspondence between events and the content of their narrative (affirmative propositions) about those events. Additionally, it addresses several challenges, such as trauma and the difficulty of representing it in narrative, as well as the need to respect the principle of reality and the ethical imperative in research.

Key words: Metalanguage, Narrative, Metanarrative, Truth.

Recibido: 20 de mayo de 2025

Aceptado: 28 de julio 2025

** Historiador de la Universidad del Valle, victor.miranda@correounivalle.edu.co ORCID <https://orcid.org/0009-0004-5022-8350>,

1. Introducción

¿Qué tanta verdad hay en la narrativa de los historiadores? Esta pregunta es interesante y a la par de compleja. En diferentes campos del saber la verdad ha variado notoriamente, tanto así que aquel que exprese que solamente existe un tipo de verdad, demostraría que no conoce la multiplicidad del término. Hay diferentes tipos de verdad y esto no significa que sea relativa o subjetiva en su totalidad, como algunas corrientes filosóficas profesan.

Sin embargo, ¿qué tipo de verdad predomina en las narrativas históricas? ¿Qué clase de verdad hay en ellas? ¿Qué rol cumple la verdad en la narrativa? Algunos historiadores han hablado de la importancia de la verdad o su función; Marc Bloch, por ejemplo, decía que esta, junto a la justicia, era aquello a lo que el historiador lograba llegar a través de la crítica del testimonio (Bloch, 2010: 134). Para muchos historiadores, la verdad es aquello a lo que el historiador aspira, una meta y un logro, pero parece que no enfatizan mucho más en ella.

Esto remite a un tema ciertamente antiguo, aunque no menos importante: la explicación. Suele suceder con frecuencia que el historiador explique sin saber exactamente cómo lo hace; por ende, puede llegar a aceptar la verdad de igual manera y, así mismo, negarla sin saber por qué lo hace. Si a partir de un tipo cualquiera de relativismo se negase la verdad, ¿qué clase de verdad se estaría negando? Peligroso sería el afirmar “todas”. Lo mismo ocurre si, mediante un cientificismo, el historiador acepta la verdad sin saber por qué lo hace; peligroso sería que este diga que acepta “la única verdad que existe”.

Otros podrían simplemente ignorar el problema. Es muy recurrente que esta sea la reacción de muchos historiadores frente a lo que comúnmente se denominan “problemas filosóficos”. Esta relación conflictiva entre filósofos e historiadores no es nueva, pues estos últimos suelen observar, como lo afirma la profesora María Inés Mudrovcic, la materia filosófica con cierto recelo (Mudrovcic, 2005: 74).

En este trabajo, entonces, se analizará la relación que hay entre la verdad y la narrativa del historiador y cómo, mediante la metanarrativa, el historiador le ofrece a su narrativa un valor semántico de verdad. Para dicho análisis se empleará una metodología analítica y evaluativa. Todas estas herramientas (tanto de la filosofía del lenguaje como de la epistemología) constituyen el corpus de una filosofía analítica de la historia que se relaciona directamente con la historia teórica. Del mismo modo, se utilizarán casos puntuales para poder defender la tesis central de este trabajo, por lo que a pesar de que el enfoque de este artículo es teórico-analítico principalmente, también se adapta a un enfoque práctico de la historiografía.

2. Enunciados y hechos: la verdad en la metanarrativa

Primero, es menester diferenciar el lenguaje del metalenguaje. A inicios de siglo XX, cuando la filosofía analítica se estaba formando, el filósofo matemático Alfred Tarski elaboró una teoría de la verdad que permitió resolver una de las paradojas más antiguas e importantes de la historia: la paradoja de Epiménides. La proposición dice lo siguiente: “lo que digo es falso”, si el individuo que la enuncia dice la verdad, no podría hacerlo, porque la proposición afirma que lo que dice es falso, pero tampoco podría ser falsa porque, si la proposición es falsa, estaría diciendo la verdad al expresar que lo que dice es falso. Tarski expresa que: “No hay frase en el lenguaje ordinario que tenga un sentido precisamente determinado” (Tarski, 1977: 51), por consiguiente, la verdad debe definirse a través de un lenguaje exterior al lenguaje: el *metalenguaje*.

De acuerdo con el siguiente ejemplo: “Lo que digo (P) es falso (X)”, la expresión P pertenece al lenguaje objeto y X al metalenguaje. En consecuencia, en el enunciado se expresan las condiciones necesarias para atribuir un valor de verdad o falsedad; esta sentencia es verdadera porque en X se encuentra un condicionante de verdad para P , es decir, esta proposición es verdadera si y solo si es verdad que lo que dice la persona que la enuncia es falso. Dicho de otro modo, se reemplaza un enunciado del tipo P es verdad si y solo si P , por X es verdad si y solo si P (Tugendhat y Wolf, 1997: 179).

Esto parece un poco redundante y de hecho lo es, pero en su época no parecía tan obvio. Por lo tanto, en el lenguaje que utiliza el historiador, como decir que: “La Edad Moderna no fue época de grandes inventos, y no sólo en la comparación con la Revolución Industrial, sino también en relación con la Edad Media” (Schultz, 2001: 59) no encontramos en ninguna de estas palabras un valor de verdad, más sí un condicionante para poder concebirlo. La metanarrativa del historiador otorga un valor de verdad a sus enunciados por intermedio de un condicionante de correspondencia,¹ así como la expresión X si y solo si P (la nieve es blanca si y solo si es verdad que la nieve es blanca), lo que afirma la historiadora Schultz es verdadero

¹ Aquí no se entiende la correspondencia en su noción clásica “lenguaje como reflejo de la realidad” sino como un contraste entre enunciados (bien sea teóricos y empíricos) adecuados coherentemente a un hecho. Para realizar dicha contrastación se hace uso del metalenguaje, dado que los enunciados no pueden ajustarse o corresponder a los hechos. Solamente hay correspondencia entre las representaciones y la realidad, y los enunciados y narrativas son representaciones del pasado que, evidentemente, no son el pasado en sí. Como el término “correspondencia” se utilizará con frecuencia en este trabajo, es menester dejar claro su enfoque aquí.

si y solo si es verdad que en la Edad Moderna no hubo grandes inventos a comparación de la Revolución Industrial y la Edad Media.

Esto mismo ocurre con las narrativas y no solo con los enunciados aislados, según Jerzy Topolski:

“Uno de los principios metodológicos y lógicos básicos, que dice que el concepto de verdad se aplica solamente a las afirmaciones (es decir, sólo las afirmaciones pueden ser verdaderas o falsas, de acuerdo o no con los hechos), exige una cierta modificación en la historiografía. En lo que respecta a la literatura histórica, en el caso de las consideraciones metodológicas penetrantes, es necesario no sólo tratar la verdad o falsedad de las afirmaciones aisladas, sino también la verdad o falsedad de las narraciones históricas, o sea, secuencias de afirmaciones que en conjunto forman cuadros del pasado (...)” (Topolski, 1992: 67).

No obstante ¿cómo la historiadora Helga Schultz le ofrece un valor a toda la narrativa en su obra? Como todos los historiadores lo hacen, mediante las fuentes. Sin fuentes, la narrativa del historiador no tiene un valor semántico de verdad o falsedad, al igual que lo que se encuentra en la literatura no puede analizarse lógicamente por medio de un valor semántico con respecto a una correspondencia factual. Si Tomás Moro escribió: “La isla de Utopía se extiende por su parte media, que es la más amplia, hasta alcanzar unas doscientas millas y solamente se estrecha en los dos extremos, en los que gradualmente se reduce” (Moro, 1975: 119), tendríamos que buscar una correspondencia si el texto pretendiese ser realmente legítimo. En caso de ser literatura, no habría razón de buscarla en la realidad, este enunciado sería verdadero en el mundo literario que Moro ha construido pero no en el nuestro.

La profesora Schultz menciona las fuentes de los repositorios, intenta trazar una correspondencia entre lo que escribe y lo que ocurrió. Aunque, esta correspondencia no es absoluta ni del todo exacta, ese es el límite del historiador, este no explica los hechos tal y como sucedieron (como pretendía Ranke), hace lo mejor posible al respecto, pero debe entender sus límites. Continuando, el principio de lo real es lo que diferencia a la literatura de la historiografía, diferencia que algunos historiadores como Hayden White parecían no tener muy clara —o incluso se negaban a aceptar—. Aunque es verdad que los historiadores no reconocen los fenómenos históricos como si de un fenómeno cotidiano se tratase, como dice Frank Ankersmit: “En la historia, es como si tuviéramos que reconocer un conejo o un pato en algún dibujo bien conocido de un conejo o un pato sin haber visto jamás un conejo ni un pato” (Ankersmit, 2014: 137). Si el pasado fuese tan real y accesible, entonces no necesitaríamos los textos históricos (Ankersmit, 2006: 145).

Por otra parte, es necesario hacer una aclaración sobre la verdad y los hechos. Es fundamental dejar más que claro que los hechos no son verdaderos, son las proposiciones sobre ellos las que tienen un valor. Siguiendo esta idea, en teoría una persona incauta podría pensar que la verdad es aquello que se dice, que esta no tiene más valor del que se le ofrece en el lenguaje y por ende es subjetiva. Esto no es así porque un individuo podría ver un cuerpo caer y decir: “esa manzana se cayó del árbol” y que la verdad sobre esta proposición no sea una convención; la verdad es que realmente cayó. A esto se le llama realismo práctico. El realismo práctico establece la relación entre construcciones lingüísticas con una realidad objetiva (Appleby et al, 1994: 230-234). Por medio de una correspondencia, estas convenciones obtienen un valor objetivo, es objetivo decir que “la manzana se cayó del árbol” si y solo si, en efecto, la manzana cayó del árbol.

Entonces, presentando un caso, el expresar que el Holocausto es verdadero o verdad es ciertamente un error, porque no hay en el término “Holocausto” un condicionante de verdad, pero el exclamar “el Holocausto ocurrió” sí denota una verdad, porque al acontecimiento se le atribuye un condicionante de verdad que depende de una contextualización mucho más amplia. Del Holocausto hay muchas interpretaciones y ninguna de estas afecta los hechos objetivos que conforman lo que llamamos Holocausto. Podría incluso haber filósofos como Roger Garaudy que lo nieguen, y que ello no altere en lo absoluto el hecho de que este sucedió. Dicho de otra manera, el Holocausto ocurrió y tuvo lugar en el pasado, independientemente de lo que diga una interpretación negacionista. Sumado a esto, se le llama Holocausto (del griego *όλόκαυστος*) a un acontecimiento traumático, es un término que engloba experiencias, traumas, catástrofes, masacres y, en general, mucha violencia.

Continuando con el tema principal, otra función del metalenguaje es explicar con el mismo lenguaje el cómo este cambia diacrónicamente. Si decimos que la palabra Holocausto en cuanto a su etimología tenía las implicaciones semánticas que tiene ahora, pues sería más que obvio decir que dicha afirmación es falsa porque consta de un anacronismo. Utilizamos el propio lenguaje para respetar la condición lingüística de un estrato temporal determinado, y para identificar cómo los conceptos se transforman a lo largo del tiempo (Koselleck, 1993: 113). Por esto podemos afirmar que Foucault tenía razón en su obra *Las palabras y las cosas* sobre el cambio de representación de una época a otra, lo que él llamaba *episteme*. El historiador hace uso del metalenguaje para poder entender cómo aquello que para él no tiene sentido en el presente, tiene sentido en su propio pasado, como la clasificación china del cuento de Borges (Foucault, 1993: 1).

Una vez se ha dejado clara la importancia y uso del metalenguaje en la metanarrativa del historiador (que no es más que la narrativa que hace el historiador sobre otras narrativas), es momento de abordar ciertos problemas alrededor de la metanarrativa.

3. Trauma, metanarrativa y correspondencia

En resumidas cuentas, el apartado anterior y lo que en él se ha expuesto es lo que diferencia la historiografía de la literatura. La literatura puede albergar elementos realistas que, en efecto, pueden ser verdad. Si se hace una novela histórica sobre la Independencia colombiana del siglo XIX, en esta puede haber elementos que son verdaderos, como la Independencia en sí misma, elementos del espacio, etc. No obstante, este texto literario no pretende representar lo que objetivamente fue la Independencia, porque no traza una correspondencia. La literatura no requiere de fuentes, de investigación científica, porque el escritor tiene toda la libertad para tramar su narrativa a su antojo. El historiador, a diferencia del escritor de ficción, respeta el principio de lo real o como lo llama Georges Duby, un imperativo ético (Duby, 1988: 44-53 Cit en Mudrovic, 2005: 84).

Tomando un pasaje de Dominick LaCapra de su obra *Escribir la historia escribir el trauma*, este realiza una comparación entre historiografía y ficción de la siguiente manera:

“La comparación de la historiografía con la ficción puede hacerse con una orientación muy distinta de la que salta a la vista en la obra de White. Se podría argumentar que las narraciones propias de la ficción pueden implicar también reivindicaciones de verdad en un nivel estructural o general, pues aportan discernimiento acerca de fenómenos como la esclavitud y el Holocausto, ofrecen una lectura de un proceso o un periodo, o generan una "sensibilidad" ante la experiencia y la emoción que sería muy difícil de conseguir a través de métodos documentales estrictos. Se podría esgrimir este argumento con respecto a la novela de Toni Morrison, *Beloved*, acerca de las secuelas de la esclavitud y el papel que cumplen fuerzas fantasmáticas transgeneracionales que acosan a la descendencia. Lo mismo puede decirse de *La caída* de Albert Camus con respecto a la impresión que causó el Holocausto. (En realidad, el contraste más pertinente entre historiografía y ficción tal vez esté en el nivel de los acontecimientos, pues los historiadores a diferencia de los autores de ficción no pueden armar ni tratar del mismo modo los sucesos reales y los que inventan)” (LaCapra, 2005: 38-39).

La ficción puede abordar ciertos elementos de la realidad, algunas personas saben más de historia por la ficción que por la historiografía. Sin embargo, se debe hacer esta comparación puesto que la ficción no representa la realidad pasada, la investigación sí lo hace, el historiador tiene normas y límites que el autor del género de ficción no tiene.

El historiador parte de hechos objetivos, y de manera obvia, hace uso del metalenguaje para poder ofrecerle un valor semántico al pasado, para poder explicarlo y comprenderlo, no lo inventa y no lo trama. No hay pues, en la comprensión y explicación, una dicotomía (Ricoeur, 2015: 33), el historiador comprende el pasado y esto no evita que lo explique. En cambio, historiadores como Hayden White pensaron que la narrativa del historiador sí tenía una estructura poética tropológica y no explicativa (White, 2019: 18). Muchos historiadores como Carlo Ginzburg criticaron esta filosofía de la historia narrativista, por cuanto los textos no están tramados, todo texto posee semántica, sintaxis y estilo, pero no por esto se encuentra tramado por un tipo de arquetipo literario que le atribuye un valor ficticio. Para ilustrar, el diario de Ana Frank es un texto pero no un texto tramado de orden ficcional. El historiador no solamente tiene un rol epistemológico con el pasado, también posee un rol ético.

3.1. Las dificultades de la correspondencia como representación narrativa del trauma

Considérense estas indicaciones: los historiadores del Holocausto (acontecimiento el cual utilizaremos como ilustración a continuación), por ofrecer un caso, han tratado de comprender los eventos que le conforman, pero también de explicar por qué dichos eventos, en efecto, ocurrieron. Los testimonios son cruciales, como la declaración de Rudolf Hoess, comandante de exterminio en Auschwitz, quien reconoció sus crímenes y explicó cómo fue que se le ordenó a la SS el encargarse de la exterminación judía en Auschwitz. Con esto no solo se traza una correspondencia entre lo que dicen las víctimas con respecto a los hechos, paralelamente ocurre entre lo que dicen los victimarios con los hechos.

Imagen 1. Declaración Jurada de Hoess

*Ich erkläre hiermit an Eidesstatt,
dass im der Jahren 1941 bis 1945
während meiner Amtszeit als Kommandant
des K. L. Auschwitz 2 Millionen
Juden durch Vergasung und ca.
1/2 Million auf andere Weise zu Tode
gebracht worden.*

Kg. 14. 5. 1946 *Rudolf Höss*

*The above was written, signed before me
at Nürnberg, Germany on May 14, 1946*

*James H. ...
Chief, Analysis Section
Investigative Division
Office of U.S. Air Force Counsel*

Fuente: (Collections Search - United States Holocaust Memorial Museum, s. f.)

Esta fuente consta de una declaración del propio Hoess, la interpretación o explicación por correspondencia que haga el historiador será parte de una metanarrativa, se utiliza el propio lenguaje para entender estas declaraciones y ubicarlas en un contexto histórico. El historiador representa los hechos, los interpreta y los explica. Logra ofrecerle al lector una explicación, no sólo de porqué a los soldados alemanes se les ordenaba exterminar a los judíos, también de por qué estos mismos soldados justificaban sus acciones y cuáles fueron las consecuencias de ellas (en el caso de Hoess, este fue ejecutado).

Ahora enfocándonos en otro acontecimiento traumático de finales del siglo XX en Latinoamérica, la Guerra de las Malvinas: de igual forma fue un acontecimiento que se estudia desde la historiografía y la memoria. Estudiar el caso de las Malvinas no es en lo absoluto sencillo —como tampoco lo es estudiar cualquier acontecimiento traumático—, se debe entender la complejidad del trauma cuando el acontecimiento traumático es negado, reprimido, cuando produce un lapsus en la memoria de la víctima, cuando los efectos del trauma se exteriorizan, y más aspectos (LaCapra, 2009: 21-22). Los testimonios, como aquellos que se pueden encontrar en el informe de la Comisión Provincial por la Memoria por

los cuarenta años de las Malvinas, son complejos no solo de digerir, también de representar en una narrativa. En este caso puntual nos encontramos con un problema en torno a las dinámicas de poder y su abuso. Aquí, el abuso de poder fue ejercido por los altos mandos sobre los soldados argentinos (Comisión Provincial por la Memoria, 2022), entre los cuales, la gran mayoría eran jóvenes que se enlistaron al conflicto, manipulados por la propaganda:

“Cuando llego a Puerto Argentino pesaba alrededor de 60 kilos y cuando nos fuimos de Malvinas pesaba, con los cuatro cargadores que tenía encima, ropa y botas, alrededor de 36 kilos. Durante todo el período de la guerra sufrí mucho el frío y principalmente hambre. Fui maltratado, vejado, torturado y estaqueado durante la guerra de Malvinas y los días posteriores, que fueron cometidos por un Cabo del Ejército, quien era el jefe de grupo de la primera línea” (Comisión Provincial por la Memoria, 2022: 5)

Así pues, teniendo presente la dificultad de comprender y explicar un acontecimiento traumático como el Holocausto o la Guerra de las Malvinas, el metarrelato que antecede las narrativas y la metanarrativa no debe reducirse a una construcción literaria tramada por tropos o arquetipos que lo doten de un valor ficcional, este tiene una función representativa de un pasado inaccesible que nos permite entender mejor el presente, como el presente de una nación como Argentina, marcado por eventos y crímenes de este tipo. El metarrelato posee una función social, puesto que le ofrece epistemológicamente un valor de verdad a hechos que realmente sucedieron para rechazar cualquier tipo de negacionismo, especialmente los que se manifiestan con respecto a diferentes eventos traumáticos como la propia Guerra de Malvinas. La correspondencia reivindica a las víctimas y sus experiencias al no entenderlas como ficciones o meras “interpretaciones”.

Algunos pensadores, filósofos o críticos literarios podrían llegar a pensar que analizar el pasado así consta de una falta ética, que analizarlo de tal modo solo es un intento de “formalizar” el pasado o un “nuevo neopositivismo” al usar el término de correspondencia y el de explicación. Es pertinente evidenciar que analizar el pasado de esta manera es más útil y necesario que las “interpretaciones” relativistas o “ficionistas” que dejan todo a la interpretación, negando así un valor semántico de verdad en los hechos históricos. Esta práctica es antiética y, sobre todo, antirrealista. Tampoco es posible que sigamos la tesis posestructuralista de pensadores como Jaques Derrida. No podemos afirmar que “no hay nada fuera del texto” (Derrida, 1986: 207), cuando estos hechos históricos no son textos (aunque sean los textos un medio para acceder a ellos), hay toda una realidad fuera de los textos. La labor de la metanarrativa es enlazar las narrativas del pasado con su respectiva

realidad; el metarelato y la metanarrativa se conectan para lograr tal objetivo. En consecuencia, no es una opción negar el metalenguaje como lo hacen ciertas corrientes posestructuralistas (Žižek, 2003: 201-204).

Acontecimientos históricos como el Holocausto o como la Guerra de las Malvinas albergan diferentes verdades, y ninguna de estas es relativa en el sentido estricto del relativismo, ni tampoco depende de lo que hay en los textos. Encontramos verdades objetivas sobre los hechos ocurridos, no solo por la correspondencia entre el propio espacio y las fuentes, sino también porque estos hechos cambiaron completamente el cómo se entiende la historia porque sus efectos resuenan hasta el día de hoy como algo que tratamos de evitar, su ocurrencia tiene una reflexión práctica en nuestro presente. En el pasado ha habido prácticas crueles y crímenes, en el caso puntual del Holocausto, este es uno de los acontecimientos traumáticos de los que más testimonios y fuentes audiovisuales, materiales y escritas hay, el historiador del Holocausto puede horrorizarse si no tiene el estómago para enfrentarse a este pasado traumático. Asimismo, hay otros acontecimientos traumáticos sumamente violentos y catastróficos de los cuales no se tienen tantas fuentes, es labor del historiador dar con ellas para reivindicar a las víctimas y ofrecerle un valor de verdad a estos hechos que, a menudo, corren el riesgo de dejarse en el olvido o tergiversarse.

Por lo que, retomando la metanarrativa y el metarelato, estos no se encargan solamente de describir hechos y sucesos (esto le compete la narrativa), se encargan, de igual forma, de explicarlos y atribuirles un valor de verdad, una correspondencia realista con la realidad. La correspondencia entonces no es solo un término frívolo cientificista, es un término cuya función social es de suma importancia para demostrar que las víctimas son escuchadas y que sus experiencias y sus traumas no son relativas o falsas, son verdaderas, no meras invenciones o una ficción literaria.

Cabe resaltar que es menester tener claro que hay que sentar límites en la representación del trauma, como lo había dicho LaCapra, para poder trazar una correspondencia de un acontecimiento traumático. El historiador puede tratar de entenderlo y representarlo, pero no debe pretender que lo hace de manera exacta o que “revive” sus experiencias al estilo de *Collingwood*. El historiador trata de representar el Holocausto o la Guerra de las Malvinas, pero es consciente de que su labor es complicada y delicada, cualquier implicación ideológica o prejuicio podría tergiversar el trauma de las víctimas, y a raíz de esto, tergiversar el pasado.

Pese a que el historiador no pueda representar de manera exacta el trauma, no significa que este no obedezca al principio de lo real. El trauma tiene un punto de referencia, una coordenada en el terreno de experiencias, para comprenderlo y tratar de representarlo parcialmente, el historiador debe estar abierto a sumergirse en este terreno tan crudo y violento. Interpretar el metarrelato del historiador sobre el trauma “identificando” un tropo, rompe con el imperativo ético; no es la labor del historiador “identificar” e “interpretar” estas tramas tropológicas. Aun así, es importante entender cómo es que el historiador, al sumergirse en un terreno de experiencias pasadas, puede tratar de comprenderlo.

4. Acarcer, convención y verdad e las prescripciones metalingüísticas

Es verdad que la Segunda Guerra Mundial ocurrió, así como la Revolución del Neolítico hace más de 7000 años a. C. Aun así, algunos acontecimientos poseen una convención lingüística. Se diferencian los hechos y los acontecimientos de la siguiente manera:

Hechos simples: son singulares o múltiples, pueden relacionarse entre sí y son parte de la cotidianidad (hechos micro). Tal que: “Los abogados, comerciantes y sacerdotes católicos, principales miembros de las juntas que se conformaron en el continente americano, no sólo estaban preocupados por el destino del rey, también les preocupaba su propio destino” (Loaiza, 2012: 168).

“Estas y otras incertidumbres, más que un minucioso y meditado plan, fueron los principales resortes de la actuación del notablato criollo en aquellos años (...) Unos criollos preocupados por el predominio militar y político francés en la península; unos criollos frustrados por la escasa representación que les otorgaba la convocatoria de la Junta Central de Sevilla que, además, fue disuelta, tuvieron que tomar decisiones que terminaron siendo soluciones políticamente revolucionarias” (Loaiza, 2012: 168).

Acontecimientos: son una coordenada de referencia espaciotemporal de gran relevancia en la historia, se encuentran conformados por muchos hechos complejos que a la vez están conformados por una infinitud de hechos simples. Por ejemplo, la Independencia colombiana del siglo XIX.

Siguiendo a la profesora Belvedresi, un acontecimiento es aquello que *llega a ser* (Belvedresi, 2021: 25). Sin embargo, para que llegue a ser, debemos entender cómo es posible que llegase a ser. Podemos conocer un acontecimiento por medio de lo que Topolski llama “conocimiento no basado en fuentes” (Topolski, 1992: 324), del mismo modo podemos conocer algunos hechos que conforman un acontecimiento por medio de este conocimiento. Aunque el historiador puede aceptar sin problema alguno que no hay acontecimientos singulares, sí hay

irrepetibles. El principio de la unicidad se sigue en esta concepción del acontecimiento, un acontecimiento histórico como la Revolución Industrial no volverá a repetirse, por esto se ha decidido separarlo en diferentes acontecimientos semejantes como Primera, Segunda y Tercera Revolución industrial. Que no puedan repetirse, no significa que no sean semejantes entre sí. El profesor Rodolfo Suárez Molnar resume esta cuestión de la siguiente manera:

“Los argumentos hasta aquí desarrollados permiten apuntar a que la unicidad absoluta de la materia histórica es insustentable, si por ello se entiende que el mundo histórico está constituido por particularidades radicalmente desemejantes, o bien por acontecimientos que en ningún caso pueden incorporarse en clases o categorías generales” (Molnar, 2007: 52).

Categorías prescriptivas de clases como Revoluciones, Guerras, Independencias, etc., pueden representar acontecimientos o hechos semejantes, pero no iguales. No hay como tal una unicidad radical en la cual todos los hechos y acontecimientos son únicos y desemejantes.

Ahora bien, esta clasificación de hechos simples y complejos procede de la obra de Topolski. Esta distinción es ciertamente relativa, el historiador debe ofrecer una distinción entre a qué llama hecho simple y hecho complejo. En nuestro caso, los hechos simples son parte de la cotidianidad, de la experiencia común. Podemos afirmar que, desde algo tan humano y cotidiano como la preocupación por un futuro incierto, pueden surgir factores que impliquen acontecimientos de gran relevancia en la historia de un país, tal y como pasó en el caso de la Independencia de Colombia. La Independencia tiene una gran cantidad de hechos complejos que sí deben ser enlazados a fuentes y evidencias. Un estudiante de primer semestre de Historia podría saber que la Independencia del siglo XIX ocurrió sin saber cómo ocurrió, si quisiese saber cómo fue posible, como lo expresa William Dray con su pregunta ¿cómo fue posible? (Dray, 2021: 166-171), debería buscar fuentes y evidencia.

Por otra parte, los acontecimientos históricos de gran relevancia tienen nombres únicos: la Revolución Gloriosa, la Guerra de los Cien Días, la Revolución Industrial, la Revolución Francesa, la Santa Inquisición, etc. No obstante, ¿acaso se llaman así o es el historiador quien las llama así? En algunos casos —no en todos— son los historiadores quienes le llaman a un acontecimiento de una manera u otra mediante un acuerdo; tomemos como ejemplo la Revolución del Neolítico. En muchos cursos de Historia Antigua se pone en tela de juicio si el término Revolución debería atribuírsele al Neolítico. Algunos estudiantes suelen confundir lo que el término Revolución representa, debido a que hacen referencia a su enunciación actual, aquella que está influenciada por revoluciones sumamente violentas como la Revolución

Francesa o la Revolución Bolchevique. Ignoran entonces, que una Revolución hace referencia a un cambio drástico. Atribuirle este término al Neolítico es una prescripción metalingüística porque utilizamos el propio lenguaje para referenciar un periodo histórico que intrínsecamente no posee una referencia.

Lo previamente expuesto puede explicarse por medio de la obra de Thomas Kuhn. Pese a que el trabajo de Kuhn con respecto a la ciencia es más histórico que filosófico, su obra *La estructura de las revoluciones científicas* aportó una nueva manera de entender la historia de la ciencia. Con el término revolución, Kuhn no se refiere a un tema de ideologías o luchas políticas, esto lo menciona Mario Bunge en una entrevista: “En Europa los estudiantes alemanes creyeron que Kuhn era revolucionario, cuando de hecho era muy conservador” (Bunge, 2015). Con la expresión “revoluciones científicas”, Kuhn menciona un cambio de paradigma radical (Kuhn, 1992). Llamar revoluciones a estos cambios de paradigmas es una prescripción que sirve para entender la gran relevancia de estos cambios.

Las prescripciones metalingüísticas son arriesgadas pero necesarias en muchos sentidos, porque ofrecen claridad o tienen un valor axiológico en el presente. En reiteradas ocasiones se pone como tema de discusión si el historiador debería llamar indios o indígenas a los nativos americanos durante el periodo de Conquista; estos debates se han presentado desde la década de los 70 (Batalla, 1972: 105-124). Si bien en las crónicas españolas se les llamaba indios por una confusión, este término en nuestra actualidad es erróneo y peyorativo. Si se hace la respectiva prescripción, es decir, cambiar el concepto, se hace con justas razones. Si el historiador tuviese que escribir sus textos a partir del lenguaje de una época determinada, no existirían los libros de historia que conocemos hoy.

Pero, ¿son verdaderas o no estas prescripciones? Las prescripciones metalingüísticas son convenciones, y estas, siguiendo el realismo práctico, nos deben ayudar a entender mejor la realidad (Appleby, Hunt, Jacob, 1994: 231-234). Por lo que, la convención “Revolución Industrial”, tiene sentido porque expresa un cambio radical que se debió a la industrialización durante finales de siglo XVIII e inicios del siglo XIX. La producción cambió, los modelos socioeconómicos cambiaron, las condiciones reales de existencia cambiaron, hubo muchos cambios y por tal razón, la convención es verdadera.

Siguiendo el hilo conector, las convenciones que hacemos de manera prescriptiva tienen que hacer referencia al acaecer y justificarse mediante este. Entonces, la Segunda Guerra Mundial está conformada por muchos hechos, combates, estrategias, avances tecnológicos, entre

otros. Se le llama Segunda Guerra Mundial porque se relaciona contextualmente con la Primera Guerra Mundial y porque no solo países europeos se vieron afectados por esta guerra, si un conflicto de tal magnitud implica diferentes partes del mundo que conocemos, de manera directa o indirecta, este tiene una magnitud global.

Por consiguiente, las prescripciones son convenciones que permiten comprender y explicar ciertos elementos del acaecer sin necesariamente acudir a un tipo de relativismo hermeneúutico de la interpretación. Aunque no todos los nombres propios de hechos o acontecimientos son prescripciones fuera de tiempo, tenemos el caso de la Revolución en Marcha en Colombia durante el gobierno de Alfonso López Pumarejo. Algunos historiadores utilizan nombres propios de un momento dado para clasificar una serie de cambios, permanencias y hechos. En el caso de la Revolución en Marcha, el historiador Ricardo Arias Trujillo explica cómo se desarrolló y sus repercusiones, asimismo, menciona que así se le conoció en el primer cuatrienio del presidente López y la describe como: “el esfuerzo más sólido que se había llevado a cabo hasta el momento para modernizar el Estado colombiano mediante reformas acordes a los nuevos tiempos”, o en otras palabras “era el comienzo de una nueva etapa histórica” (Trujillo, 2018: 62). No obstante, a partir de las voces subalternas podemos, de igual manera, apreciar referencias a esta revolución:

“[...] la primera satisfacción de mi vida de trabajador por un decreto del gobierno del presidente Alfonso López que elevó, de una vez, el salario mínimo de \$0.50 a 0.90 diarios, lo que doblaba casi mis entradas y me permitió ayudar en mejor forma a mis padres y también a adquirir muchos artículos propios que antes sólo podía conseguir en lentos ahorros siempre que no los arrastrara alguna necesidad inesperada. [...] López era el presidente de los trabajadores. Todos simpatizaban con sus medidas y yo entre ellos, porque comprendía que un cambio de gobierno nos había traído ventajas en la vida política y social de la nación. Empezaba a interesarme la política liberal y a entender el “slogan” de la “revolución en marcha” que me entusiasmaba” (Mendoza, 1963:19-20).²

El nombre propio “Revolución en Marcha” no solamente hace parte de una clasificación o referencia del historiador, tiene en su propio estrato de tiempo un significado de expectativa,

² Esta fuente primaria hace parte de una autobiografía de un ciudadano caleño llamado Carlos Augusto Mendoza, el cual relata sus vivencias y experiencias durante los cambios y fracturas ideológicas de Colombia a inicios y mediados del siglo XX. Mendoza pertenecía a la clase obrera del país y perteneció a las células comunistas, el libro en cuestión consta de una crítica a la ideología comunista que vivió en carne propia cuando viajó a la URSS, financiado por estas células. El documento cuenta con fotografías y otros elementos.

contiene emocionalidades y un contexto más amplio. Así pues, las experiencias de los subalternos dotan al concepto de Revolución en Marcha de expectativa, basándonos en la dualidad experiencia-expectativa de Reinhart Koselleck (Koselleck, 1993: 354-356). Si bien muchas de las clasificaciones o referencias de los historiadores son prescripciones, entender el contexto de aquellas que no lo son es vital para la investigación. Con esto dejamos claro que no todos los nombres propios son prescripciones sino que también nacen de un contexto dado.

El historiador hace uso del metalenguaje para poder trazar un metarrelato semántico sobre estas clasificaciones o prescripciones. En el caso de la Revolución en Marcha, solamente mediante la contrastación lingüística entre la significación “macrohistórica” y la “microhistórica” de un nombre propio es posible ofrecer un panorama más completo de la cuestión donde se contemple la perspectiva del historiador y las emocionalidades y significaciones de los subalternos. Hacer esto solamente es posible cuando el nombre propio no es una prescripción y tiene lugar en el propio terreno de experiencias; si no es el caso, solamente el historiador puede trazar el uso o significación de la prescripción, como es el caso de la Revolución del Neolítico.

5. Los tipos de verdades de las metanarrativas: la verdad parcial

Una narrativa nos puede decir algo del mundo, una carta, una crónica, incluso una mera narración sucesiva de datos. El que estas narrativas tengan un valor de verdad o falsedad para el historiador depende de diferentes nociones: ¿Cómo estas narrativas se adecúan a los hechos? El historiador no podrá estar completamente seguro de que una fuente se adecúa a los hechos de manera exacta, puede estar parcialmente seguro. El problema de la parcialidad es que para algunos puede ser representada como algo relativo. Hay una clara distinción entre una verdad relativa y una parcial, esta radica en que la verdad relativa no pretende ser objetiva o trascender la creencia. Una persona podría ver la lluvia y enunciar diferentes proposiciones al respecto:

“Hoy está lloviendo” (P)

“Llueve porque el cielo llora” (P_1)

P es una afirmación de un hecho objetivo, pero P_1 no solo hace referencia al hecho objetivo, pretende explicar por qué este sucede. Pese a que P_1 parte del hecho, no lo explica, entonces su enunciado es falso, no relativamente falso, es falso en todo sentido, así como en el caso de

P , si es verdad que está lloviendo, esta proposición es verdadera y no relativamente verdadera. Ahora bien, hay otros tipos de verdades que son parciales porque poseen verdad en su contenido, pero que no son exactas. Puede verse en el caso de que si alguien afirma que “un mosquito causa la malaria”: este enunciado causal es verdadero si y solo si la causalidad hace referencia al proceso de transmisión de la malaria. Hay verdad en su contenido, pero esta verdad es parcial, mas no relativa porque su contenido no depende de la interpretación. Es cierto que el mosquito transmite la malaria, se trata de una verdad parcial, pero una verdad que provenga de un enunciado causal más sofisticado y exacto sería: “un mosquito del género *anófeles* puede llegar a tener el parásito *Plasmodium*, por medio de su picadura puede transmitir sanguíneamente el parásito, causando en la persona que sufra la picadura la enfermedad de la malaria”. Vemos aquí un proceso, pero también una narrativa secuencial:

- A) El mosquito del género *anófeles* tiene el parásito *Plasmodium*.
- B) El mosquito pica a una persona.
- C) Sanguíneamente se transmite el parásito a esta persona.
- D) El parásito causa una enfermedad en el huésped conocida como malaria.

En una explicación por indicación unicausal del tipo $x \Rightarrow y$ (si x entonces y) tendríamos solamente dos sucesos: a) el mosquito pica a una persona, y b) la persona se enferma de malaria. Este enunciado es verdadero, pero su valor semántico constituye una verdad parcial porque no contempla todo el proceso. Esto diferencia una verdad parcial de una verdad exacta, ambas parten de un hecho objetivo, pero con diferentes matices de exactitud. Podríamos entonces afirmar que decir “el mosquito causa la malaria” (a) es una verdad parcial, menos verdadera que una verdad más exacta (b), por lo que tendríamos que: $(V)(V(a) < V(b))$.³

A diferencia de lo expuesto en el párrafo anterior, la verdad relativa puede mantenerse estática, la verdad parcial, en cambio, se encuentra en constante cambio porque esta pretende ser, en algún momento dado, una verdad exacta o, al menos, estar lo más cerca posible de serlo. Podemos partir de un enunciado simple como a para concluir con un enunciado b . Una verdad relativa podría darnos a entender que un enunciado o narrativa es verdadera o puede no serlo, porque al ser relativa no se compromete con un valor semántico de verdad o falsedad. Una verdad relativa o subjetiva podría corresponder a las creencias, a las ideologías, pero no a las explicaciones científicas. Una proposición con un valor de verdad

³ Para todo enunciado verdadero, la verdad del enunciado a es menor que la verdad del enunciado b .

relativa podría ser: “el conservadurismo es una ideología política perjudicial”, en esta proposición tenemos el condicionante para ofrecerle un valor de verdad o falsedad. Sin embargo, ¿qué valor le ofrecería un conservador? Este pensaría que la proposición es falsa, y si le preguntásemos a un liberal diría que es verdadera. ¿Quién tiene la razón? La verdad de este enunciado es relativa porque depende de a quién se le pregunte, dado que se trata de una proposición ideológica y estas no pueden dictaminarse en términos lógicos (Miranda, 2024: 63). Mientras que, en un enunciado como: “El M-19 tomó el palacio de justicia en 1985”, no hay nada de relativo en esta proposición, es verdadera.

Por otro lado, los hay quienes creen que la verdad, al ser falible, es relativa (historicismo científico). Los adeptos de esta clase de relativismo desconocen cómo opera la ciencia en el tiempo. La Historia también ha operado en el tiempo de la misma manera, dado que esta no es ajena al desarrollo científico. En la metanarrativa, un historiador puede interpretar las narrativas del pasado y enlazarlas a hechos factuales que, lamentablemente, no pueden ser observados directamente, sino mediante las fuentes. De tal manera que un texto como el que encontramos en la carta de Rudolf Hoess no tendría mucho sentido si no pudiésemos enlazarla a hechos factuales, a un contexto histórico y humano.

Empero, la tesis de las verdades parciales no está exenta de problemas. Uno de los problemas de las verdades parciales en la narrativa es el hecho de que su grado de parcialidad no puede medirse. ¿Cómo medimos la verdad parcial de una narrativa? En primer lugar, deberíamos ver si es posible medir la verdad parcial de una proposición antes de intentarlo con algo más complejo como una narrativa. Hacer esto es, cuanto menos, complicado. Mario Bunge lo intentó en su momento, pero terminó abandonando su proyecto de la verdad parcial. En su tratado *Semántica II Interpretación y verdad*, Bunge ofrece el siguiente código de la verdad parcial: $\frac{1}{2} < V(p) < 1$ (Bunge, 2009: 154). En este caso, si una proposición es verdadera, tendríamos que: $V(p)=1$ y si fuese falsa tendríamos: $V(p)=0$. Si comparamos la verdad de dos proposiciones como hicimos anteriormente $V(p) > V(q)$, en este caso p sería más verdadera que q . Medir el grado de parcialidad es complejo, porque como lo explica Miguel Quintanilla, si decimos “Jorge tiene 9 años” podríamos decir que $V(p)= 0.9$ porque en realidad Jorge tiene 10 años, pero si dijésemos “Jorge no tiene 9 años” no tendría sentido decir que $V(\neg p) = 0.10$ (Quintanilla, 1985: 134). En este caso o las proposiciones lógicamente son verdaderas (1) o falsas (0).

A menudo, el historiador no deja explícito en su narrativa que lo que dice tiene un valor de verdad. Con la exposición de fuentes, el lector asume que lo que lee es verídico, por lo que

no es necesario que el historiador diga que es verdad que tal hecho h sucedió en el lapso t , o que es verdad que H le sucedió a x en $t-2$ y por eso x es G en $t-3$, cambiando el estado de cosas de x en $t-1$ a x en $t-3$ (esto es parte del metarrelato). Con la justificación de su explicación sobre la ocurrencia de h o el cambio de estados de x , el lector podrá dictaminar si la narrativa del historiador es verdadera o falsa.

Los exámenes de este tipo hacen parte del metalenguaje, ya había dicho Arthur C. Danto que, al analizar condiciones de cambio, x , F , H y G son expresiones metalingüísticas (Danto, 2014: 312). Este tipo de exámenes se hacen en lo que conocemos como protonarración; a raíz de eso, el examen metalingüístico que hace este quizá no se vea del todo reflejado en su narrativa, como el dictamen de la verdad o falsedad de los elementos narrativos de las fuentes que hay a disposición. Pero, si el historiador no explica al menos indirectamente que la verdad de su narrativa es parcial en su narrativa final y deja todos estos elementos en la protonarración, muy posiblemente el lector asumirá que lo que está leyendo es completamente cierto, es decir, que $V(N)=1$, llamémosle a N narrativa. Los científicos con frecuencia utilizan arbitrariamente expresiones como; “la hipótesis es bastante verdadera” o “la hipótesis x es más verdadera que la hipótesis y ”, etc. El historiador podría llegar a hacer lo mismo, y la situación no sería en lo absoluto diferente. Por esto, en la metanarrativa, el historiador deja claras las reglas de juego, hace afirmaciones con base a la veracidad de las fuentes que utiliza.

Las narrativas historiográficas, entonces, son parcialmente verdaderas porque parten de hechos objetivos. Ahora, por el momento hay que conformarse con el hecho de que el valor parcial de la veracidad de estas narrativas es cualitativo. Por ende, la verdad se rige de la siguiente manera en la metanarrativa del historiador:

- a) El historiador analiza las narrativas del pasado expresadas en las fuentes y trata de trazar una correspondencia entre estas narrativas y los hechos objetivos del pasado pertenecientes a un conocimiento no basado en fuentes (el historiador no puede comenzar una investigación a partir de aquello que no conoce de antemano). En consecuencia, la verdad de las narrativas no es una verdad formal o lógica sino empírica, perteneciente a un tipo de verdad científica.
- b) Al trazar la correspondencia entre las narrativas y el pasado, el historiador debe diferenciar entre lo que se considera verdad en un estrato de tiempo t y lo que es verdad en el presente. De tal manera que, el historiador puede afirmar que ciertas

creencias eran “verdaderas” en un estrato t_n y actualmente no, respetando las continuidades temporales. Sumado a esto, es necesario hacer esta distinción con fines prácticos en el presente.

- c) La verdad de la metanarrativa del historiador es parcial porque, al ser ajeno a los hechos en cuestión, no puede dar cuenta de la ocurrencia exacta de un hecho. Podemos saber en cierta medida cómo fueron ciertos procesos y hechos, pero no se puede decir que ocurrieron exactamente de manera particular. Entre más fuentes tengamos y mejor sea nuestro uso de estas, las verdades parciales son más verdaderas, aunque dicho valor sea solamente cualitativo.

Algunas ocasiones, el utilizar el término correspondencia o tratar de ejercer una comparación de qué tan verdadera es una narrativa con respecto a otras narrativas que hacen referencia a los mismos hechos fácticos nos dirige a problemas irremediables; sea el caso de que ningún enunciado en teoría debería ser más “fiel” al pasado que otro porque no hay manera de medir dicha fidelidad, o de que ninguna narrativa representa fielmente un hecho (como si fuese un reflejo o fotografía) —crítica que de hecho, llevó a cabo Hayden White hacia los historiadores del siglo XIX (White, 2019: 352)—. Por dicha razón la historia se reescribe. El objetivo del historiador, considerando todos estos pasos y recomendaciones, no se debe reducir al dictamen: N_1 es más verdadera que N_2 , porque simplemente no podrá hacerlo. Si la historia se reescribe, es porque se revalúa constantemente, problema que no solamente ocurre en nuestra ciencia, en cualquier ciencia existente también sucede y sucederá. Ni las teorías, ni las narrativas, modelos, etc., son infalibles o incorregibles, y mientras esto suceda, la historia seguirá reescribiéndose, pero con más rigor que antes, en la medida que se pueda. De modo que tal y como expresó Danto con su analogía de la crónica ideal, si existiese un relato fiel a la historia incorregible, infalible y completo como el que se pretendía elaborar mediante algunas filosofías sustantivas (especulativas y totalizadoras), no tendría sentido investigar el pasado, ni contrastar el conocimiento histórico (Danto, 2014: 208-209).

6. Consideraciones finales

Este análisis puede parecer algo distinto al que hizo Hayden White sobre las metanarrativas del siglo XIX en Europa. Esta noción de metanarrativa cambia considerablemente en este trabajo, dado que se le dota de un rigor científico y analítico, muy distinto al literario y hermeneúutico. La metanarrativa, entendida de esta manera, funge como una herramienta

que el historiador utiliza para poder atribuirle un valor de verdad a su narrativa. Aunque este valor es multifacético y nunca exacto en el sentido estricto de la palabra. Hemos podido apreciar cómo la metanarrativa se enfrenta a múltiples retos, como el problema de la representación del trauma. Pese a esto, es imprescindible que el historiador continúe esta clase de exámenes y análisis para poder, no solo ofrecerle rigor a la investigación, también para reivindicar la función social que tiene la historiografía.

En pocas palabras, a pesar de que este análisis parezca algo denso y complicado, puede aportar a la disciplina enormemente, dado que retoma el concepto de correspondencia que hace bastante que no se usa en historiografía, y se le dota de una función que va más allá de la mera investigación; se trata de una función que se exterioriza a la relación que hay entre la Historia y la sociedad. De esta manera, demostramos que ciertos problemas de la historiografía pueden abordarse utilizando herramientas y reflexiones de otros sectores de la ciencia y de la filosofía.

Bibliografía

- Ankersmit, F. 2006. Representación, "presencia" y experiencia sublime. *Historia y Grafía*, 139-172.
- Ankersmit, F. 2014. *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: FCE.
- Appleby, J., Hunt, L., y Jacob, M. 1994. *La verdad sobre la historia*. Barcelona: Andrés Bello.
- Batalla, G. B. 1972. El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial. *Anales de Antropología*, 105-124.
- Belvedresi, R. E. 2021. ¿Qué define un acontecimiento histórico? La comprensión del pasado y la vida de las comunidades sociales. *Cuadernos de Historia*, 25.
- Bloch, M. 2010. *Introducción a la historia*. México: FCE.
- Bunge, M. 2009. *Semántica II: Interpretación y verdad*. Barcelona: Gedisa.
- Bunge, M. (3 de Febrero de 2015). «La ciencia es la tentativa de explicar los fenómenos en términos exclusivamente materialistas». (R. Corcho, Entrevistador)
- Comisión Provincial por la Memoria. 2022. *40 años de la Guerra de Malvinas. Justicia para los soldados argentinos torturados por sus superiores*. La Plata.

- Danto, A. C. 2014. *Narración y conocimiento*. Buenos Aires: Prometeo.
- Derrida, J. 1986. *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
- Dray, W. 2021. *Las leyes y la explicación en la historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Foucault, M. 1993. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- Koselleck, R. 1993. *Futuro Pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Kuhn, T. 1992. *La estructura de las revoluciones científicas*. Bogotá: FCE.
- LaCapra, D. 2005. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LaCapra, D. 2009. *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires: Prometeo.
- Loaiza, G. 2012. Las primeras constituciones de Colombia (1811-1821). *Historia y Espacio*, 155-177.
- Mendoza, C. A. 1963. *Los engañados*. Cali: Editorial Feriva.
- Miranda, V. 2024. *Historia e ideología*. Cali: Universidad del Valle.
- Moro, T. 1975. *Utopía*. Barcelona: Bruguera.
- Mudrovcic, M. I. (2005). *Historia, narración y memoria. Los debates actuales de la filosofía en la historia*. Madrid: Akal.
- Quintanilla, M. A. (1985). El concepto de verdad parcial. *Theoria*, 129-141.
- Ricoeur, P. (2015). *Historia y verdad. Argentina*: Fondo de Cultura Económica .
- Schultz, H. (2001). *Historia económica de Europa, 1500-1800*. Madrid: Siglo XXI.
- Suárez Molnar, R. (2007). *Explicación histórica y tiempo social*. Barcelona: Antrhopos.
- Taccetta, N., & Veliz, M. (2022). La propaganda como imagen de perpetrador. Escorzos de la Guerra de Malvinas en 1982, de Lucas Gallo. *Thémata. Revista de Filosofía*, 60-80.
- Tarski, A. (1977). *Introducción a la lógica y a la metodología de las ciencias deductivas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Topolski, J. (1992). *Metodología de la historia*. Madrid: Cátedra.
- Trujillo, R. A. (2018). *Historia de Colombia contemporánea (1920-2010)*. Bogotá: Universidad de los Andes.

Tugendhat, E., & Wolf, U. (1997). *Prepodéutica lógica-semántica*. Barcelona: Anthropos.

United States Holocaust Memorial Museum. (14 de May de 1946). Affidavit signed by Rudolf Hoess, former commandant of Auschwitz, attesting to the gassing of Jews at the killing center during his tenure. Nuremberg.

White, H. (2019). *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE.

Žižek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.